

Para terminar este breve comentario sobre el último libro de Oscar Castro que hemos tenido la dicha de conocer, séame permitido, una vez más, enviar mi cálido mensaje de admiración y de aprecio a mi directo amigo Raúl González Labbé, quien me hizo conocerlo y admirarlo; quien, integrante del grupo «Los Inútiles» de Rancagua, grupo del cual Castro fué uno de sus más entusiastas propulsores, mantiene encendida la llama del arte, la inquietud del espíritu y ha levantado entre la gente de esa ciudad tranquila, gris, sosegada y apática, un fervor por el arte y la obra artística en sus múltiples manifestaciones; González y su grupo merecen bien y agradecimiento por que han sabido, calladamente y en forma tesonera y continuada, hacer una labor digna de ser imitada.

—R. LOUVEL B.



«ROMANCERO RÚSTICO», por *Silvia Moore*

El romance castellano que fuera la expresión poética más en boga, en los primeros tiempos de la literatura popular del idioma, tuvo su máximo esplendor para quedar, transcurridos los años, en absoluto desuso. La narración en verso de hechos heroicos era saboreada y apreciada, seguramente porque en ella se daba una sensación más vívida y directa de la realidad. El romance trasuntaba motivos épicos o dramáticos, que le daban oportunidad al poeta para reflejar una idea precisa del momento en que se vivía. Trascendía en ellos el regusto de la época, como si fuera un trago en que se manifesta-

ra algo del sabor de la tierra, de las costumbres y de su sentimiento.

Pero todo pasa y los días que van desmoronando en forma impalpable lo mejor de nuestra existencia, van, asimismo, destiñendo las imágenes, haciéndolas perder ese aroma que ubica las sensaciones en el pasado y las va alejando lentamente hasta casi extinguirse. Mas, en el fondo del espíritu, nada muere. Como la tierra creadora de la maravilla de los colores y de los perfumes, desde el fondo de la sensibilidad vuelve a recobrar su brío y su lozanía aquello que nos pareció terminado para siempre.

El romance vuelve por sus fueros. Toma de este tiempo las singularidades vitales y se remoja, se airea, y nos parece que junto con su poder de evocación, nos diera una novedad en el latido profundo de la emoción, exornada por otro ropaje, aunque su sustancia poética sea la misma.

Nos parece que hay mucho de esto que mencionamos en estos romances de Silvia Moore. Humedecida en la vertiente de nuestra tierra, aromado por los pastos y las flores rústicas, el romance le sale fresco y grato como una tonada que oyéramos allá en el aire de una tarde de primavera, cuando en las venas la sangre se nos encaramaba corazón arriba, ágil y alegre como una calandria en busca del aire azul.

Los títulos que Silvia Moore le ha puesto a cada uno de sus romances, nos traen una evocación directa e intensa de la tierra chilena. «El desamor de Raimundo», «La compositora de huesos», «Rosamel el ovejero», «El velorio del angelito» y «Amadora la lechera». Y de esta suerte cantan en el corazón trascendido por los recuerdos, estos nombres que Silvia

Moore ha traído de allá del mundo inocente y maravillado en donde alienta la fantasía dulce y sabrosa, en que las almas ingenuas se recrean. Querellas de amor, leyendas de misterio y de superstición, canciones que nacieron junto al «poyo» en donde se cuece la tortilla olorosa, que acompaña con su amable y tibio sabor los ronquidos del mate, que está cebado con unas hojitas de culén, de menta o de toronjil, «para que no cunda la pena».

Y así en este ambiente, en este escenario de égloga, vamos conociendo las penas de Mercedes, el desamor de Raimundo, o las canciones de la muchacha que junto al río deja que la pena o las ilusiones se le vayan por el camino de oro, que a ratos palpita en remansos azules, del estero en donde lava la ropa de las patroncitas.

Respira el libro de Silvia Moore una sinceridad, una diáfana y honda transparencia emotiva. El canto de los pájaros, el nombre de un caballo o de un árbol, encuentran aquí en esta narración poética su adecuada ubicación. El alma no se confunde en disquisiciones difíciles y torturadas. Por el contrario, se va dulcemente por la suave corriente de los recuerdos. Un viento aromoso juega jovial en las sienas de esta mujer que le canta a su tierra y a su gente, con la emoción pura y auténtica de quien siente que en su intimidad hay un gozo estremecido de ansiedad, que se manifiesta en un decir alborozado, con un sabor y una gracia impregnada de suave ternura.—L. D.